

de las pendientes y la humedad del clima han conjurado una parte, sólo una parte, de los efectos debidos á los abusos del cultivo y de los pasturajes.

Considerar estas poblaciones de la Cordillera central como formando un todo homogéneo, sería ponerse en contradicción con los resultados mejor comprobados de la ciencia antropológica. Efectivamente estas poblaciones se componen de capas diferentes, sucesivamente introducidas, algunas de las cuales parecen descender de las más antiguas razas prehistóricas. Braquicéfalos que ocupan las regiones más elevadas, dolicocefalos morenos en el Sudoeste, poblaciones pequeñas y morenas al Sur del Cantal, al paso que al Norte del Liorán, en la parte septentrional del Limousín y en las montañas del Forez y del Velay aparecen en considerables proporciones los rubios: tal es el conjunto compuesto de que podemos hoy en día formarnos idea. La fuerza de los marcos locales en estos países de comunicaciones difíciles ha mantenido estas diferencias, siendo de notar que cada una de estas variedades humanas está en relación de tipo con las poblaciones limítrofes: unas con las razas braquicéfalas que se suceden desde Saboya al valle del Garona, otras con las razas dolicocefalas morenas cuyo principal foco entre nosotros parece ser el Perigord. La Cordillera central no tiene razas propias.

Pero las que allí hay están establecidas desde fecha bastante remota para que se haya realizado una adaptación íntima entre su género de vida y el suelo, y esta adaptación es la que imprime en los habitantes un sello original. Los medios de comunicación y de transporte encuentran en la Cordillera grandes obstáculos: de todos los ríos que de ella arrancan, ninguno, exceptuando el Allier en otros tiempos, es navegable dentro de los límites por ella trazados; muchos de los pretendidos valles no son sino la línea de intersección de dos vertientes abruptas, entre las cuales sólo hay espacio para un torrente espumoso; y en los escabrosos senderos el acarreo es sumamente difícil. Reducido á los recursos locales y obligado á contar con sus brazos, el hombre fundó su existencia en un sistema de explotación que explican á la vez la naturaleza del terreno y el fraccionamiento de la región. Si dejamos á un lado ciertas regiones favorecidas, de las que nos ocuparemos más adelante, veremos que una agricultura semipastoril se ha apoderado de grandes espacios. El barbecho hace que allí el erial suceda á los cultivos, y la roza permite que temporalmente substituya á las dehesas alguna cosecha, siendo todavía testimonios de estas inveteradas prácticas la gran extensión de los bienes comunales y el espacio considerable (1.200.000 hectáreas aproximadamente) ocupado por yermos. Gracias á la posición meridional de la Cordillera, pudieron elevarse á grandes alturas extensos cultivos, aunque de escasos rendimientos, y con ellos burgos y lugares habitados; y esta vecindad perjudicó á los bosques, los cuales, rechazados de las cumbres, se refugiaron en las vertientes.

Los burgos son principalmente mercados para las transacciones que necesita una agricultura pastoril. Las causas de formación de ciudades obran aquí muy débilmente: para las concentraciones humanas requiere la existencia de grandes ríos navegables ó cuando menos una gran circulación terrestre, y esto es precisamente lo que falta. Pero en cambio, la presencia múltiple del agua

ha favorecido la diseminación en caseríos, *mas*, pequeñas granjas, diseminados en algunas partes de un modo extraordinario. Estas pequeñas unidades son la forma antigua, fundamental, de agrupación: el *mas* representa la unidad familiar que corre á cargo del primogénito, *pagel* ó *pagés*, y cuya existencia permanece unida á la conservación del patrimonio hereditario, yendo los demás hijos á buscar fortuna fuera. De este esfuerzo tradicional y tenaz que realizan sobre todo los brazos de la familia, han resultado el paciente establecimiento de cultivos en bancales, en las vertientes de los Cevenas y del Vivaraís, la apropiación ingeniosa de los pequeños manantiales en los depósitos y tajeas del Limousín y tantos otros indicios de trabajo minucioso, individual, rudamente continuado de generación en generación. Pero en medio de estas costumbres arraigadas vegeta el sentido de asociación; la vida general, á la que faltan los órganos, no ha penetrado con bastante fuerza para hacer mella en el fondo de ideas y de costumbres inspiradas por las condiciones locales.

Sin embargo, la vida exterior penetra allí, bien que individualmente como todo lo demás, filtrándose por pequeñas corrientes. En todo tiempo la Cordillera central ha experimentado la influencia de las atracciones periféricas que surgen de las llanuras adyacentes: hacia el Bajo Langüedoc, el Poitou ó el valle del Ródano, ha cambiado su ganado por los granos, el vino y los géneros que le faltan, y estas relaciones elementales le han enseñado el camino de la emigración periódica que poco á poco se ha convertido en manantial regular de lucro. Desde la Edad media, son continuas las relaciones entre las montañas de Auvernia y las ferias de Champaña ó las famosas peregrinaciones á Santiago de Compostela, y las ganancias obtenidas volvían en definitiva á la tierra natal y servían para redondear ó conservar la herencia.

De este modo, la Cordillera se ha dividido entre influencias divergentes: históricamente ha sido disputada por Francia y Aragón, por el rey de Francia y por el de Inglaterra, y desde el punto de vista eclesiástico, ha sido repartida entre Bourges, Lyon y Albi. Nunca ha conseguido constituirse en un solo todo, ni siquiera en la época en que César nos muestra al Quercy, al Velay y al Gevaudán agrupados bajo la hegemonía auvernesa. La fuerza centrífuga es la que definitivamente prevalece y la que la distribuye entre las regiones centralizadas que la rodean. Sin embargo, su acción sobre la historia general no ha sido indiferente, según ya hemos dicho; pero la influencia que en torno suyo ha ejercido no ha sido la de una gran masa que, á la manera de la Cuenca parisiense, gravita con toda su pesantez sobre nuestros destinos, sino la de los impulsos individuales, parciales, pero infinitamente repetidos. Está sometida á la atracción parisiense; pero entra también como elemento importante en la vida económica de Burdeos y de Marsella.

CAPÍTULO II

DEL LANGÜEDOC Á LA AUVERNIA

Merced á una disposición que resulta de su estructura, la Cordillera central se abre en el sentido de Sur á Norte ó inversamente, y al través de las grietas del talud empinado y alto que opone, se insinúan hombres y

plantas procedentes del cercano Mediterráneo. Aunque este ángulo Sudeste de la Cordillera es la parte culminante de la misma, la naturaleza ha abierto en él pasajes y ha establecido relaciones.

Allí se extienden sobre una superficie de más de 5.000 kilómetros las mesetas calcáreas que forman la región de las Causses. Cuando desde lo alto de uno de los picos en donde los vientos de Oeste y de Este libran furiosas batallas, el Aigoual por ejemplo, se divisa de una parte el espejo brillante del Mediterráneo y de otra esas Causses inmensas cuyas ondulaciones apenas sensibles se adivinan únicamente por las alternativas de sombra y de luz, sorprende en alto grado esta contigüidad de dos mundos.

Estas Causses lanzadas á modo de extraño ropaje por antiguas transgresiones marinas, fragmentos calcáreos incrustados entre las paredes dislocadas de las rocas de granito y de los esquistos, ofrecen actualmente en su superficie el aspecto de una desolación casi absoluta; pero la abundancia de monumentos megalíticos demuestra que su suelo caliente y menos seco, cuando aún no había sido despojado de sus bosques, fué habitado preferentemente por los antiguos hombres. Y aun actualmente, así que en las cumbres graníticas del Gevaudán aparece un fragmento aislado de Causse, resto de la formación en parte desaparecida, nos advierte de ello la presencia alrededor del mismo de campos cultivados, de casas y de manantiales.

Si las Causses *Mejean, Noir, Larzac*, etc., han perdido con sus sotos sus antiguas poblaciones, hay entre ellas valles profundos que son arterias de vida escasas en número, pero vigorosas. Los ríos recogen silenciosamente el tributo subterráneo de las aguas entre los altos y extraños promontorios y avanzan rápidamente aunque sin tumulto, orlados de terrenos cultivados, deslizándose su cinta de color verde esmeralda por entre la espesa vegetación de un verde oscuro y blancos rastros de guijarros.

Por estas vías se propagan las especies vivientes y de ellas han sacado partido los hombres; así á lo largo del lindero meridional de la Causse Larzac se introducía, por Lodeve y Millan, una importante vía romana que penetraba en el interior de la Cordillera.

Otras vías se deslizaban, en el otro extremo de las Causses, hacia las altas mesetas en donde nace el Allier, tan tristes como los altos ó parameras castellanas. Aquí las lluvias y los ríos han practicado profundas entalladuras en la misma masa esquistosa. Entre el Tanargue y el Aigoual, la vertiente expuesta á las violentas tempestades de otoño y á los desmoronamientos de los torrentes mediterráneos está constituida por esquistos pizarrosos, sumamente friables, y sus vertientes cubiertas de brillantes escombros relucen al sol en aquellos espacios que no cubre la sombra de los castaños. Entre estas masas recortadas, profundos valles encajonan el Bourne, el Chassezac, el Ceze, los Gardons, es decir, la estrepitosa multitud de torrentes que casi inmediatamente al pie de sus fuentes ofrecen un desnivel de 500 á 600 metros.

Las laderas de estos valles están llenas de cultivos en bancales y de castañares; las aristas, especie de tabiques, que los separan se denominan *Serres* y por sus cimas extiéndense caminos como entre los valles

profundos del Pindo en la Acarnania ó el Epiro. A trechos osténtase una capa de asperón ó de caliza respetada por la erosión, que se denomina una *Camp*. Este conjunto es el país verdaderamente cevenés, con sus centenares de caseríos esparcidos en medio de la verdura y en las vertientes, entre las graderías y las tajeas de riego.

Por la cresta que domina el *Val Francesque* y hacia Florac llega al valle del Tarn; por la *Serre des Mulets* que se eleva hacia los eriales y pasturajes mezclados con sotos de hayas de la montaña del Goulet; por la arista que, separando el Ceze del Chassezac, da acceso al *collet* de Villefort y de allí á la región de Lozerot, abundan los vestigios de antigua circulación que arrancaba de Nimes ó del Ródano.

A medida que nos elevamos por encima de la región de los barrancos, el paisaje se dilata, el modelado se calma, la fisonomía se vuelve monótona. Varios senderos ó pistas, que de tiempo inmemorial seguían los carneros trashumantes, cortan las laderas de esas descoloridas mesetas de pastos. Estas *drailles*, como se las denomina, servían antiguamente á los rebaños para dirigirse á los pasturajes del Gevaudán, de la Margeride y hasta del Aubrac, en donde había una vida pastoril á la que hace alusión Plinio *el Viejo*. Pero esta región, como la mayoría de las montañas pastoriles de orillas del Mediterráneo, se ha despojado poco á poco de sus bosques, y después de haber sufrido, al través de las edades geológicas, el desgaste de los meteoros, sufrió el de los hombres, de tal manera que el nombre del pueblo de los *Gabals* apenas subsiste en el de la pobre aldea de *Javols*. Las minas como las industrias pastoriles abandonaron este país.

Y sin embargo, por esta región se llega á la gran brecha, jalonada de fallas, de filones metalíferos, de aguas termales y de respiraderos volcánicos que el Allier abre al través de la Cordillera central. De Vialas á Largentiére extiéndese la zona inyectada de galena argentífera que todavía se explotaba en la Edad media; en Saint-Laurent, al pie del Tanargue, como en Bagnols al Sur del Goulet, brotan aguas termales muy visitadas en la época romana. En Langogne, en las márgenes del nacimiento Allier, un terrontero aislado señala la muestra más avanzada hacia el Sur de las erupciones del Velay; muy cerca de allí, en Monistrol, aparecen en masa considerable las oleadas de basalto suspendidas á lo largo de los valles; y luego en Paulhaguet y en Brioude preséntanse los depósitos lacustres que se van sucediendo cada vez más amplios hacia la Limagne y la Cuenca parisiense.

Todas estas son otras tantas señales de una topografía más variada, de una hidrografía más concentrada, de una naturaleza más rica.

El hombre conoce y frecuenta desde muy antiguo esas avenidas de la Cordillera, y por los viejos establecimientos, torres y *oppida*, que construyó á lo largo de las mismas, se preparó una combinación territorial que muy pronto se manifiesta en la formación política del reino de Francia, á saber, la soldadura del Langüedoc y de la Auvernia. Entre la Guena divergente y el valle del Ródano convertido en exterior al Reino, aquel fué durante mucho tiempo el único punto de unión del Norte con el Sur.

CAPITULO III

LAS REGIONES VOLCÁNICAS

I. El Velay.—II. El Cantal.—III. La Limagne

La Cordillera central contiene tres grupos principales de regiones volcánicas: la del Velay, próxima al curso superior del Loira; la del Cantal, y la del Mont-Doré y de los Puy de Auvernia, á la izquierda y á lo largo del valle del Allier. Estas regiones no forman más que una quinta parte de la Cordillera, pero esta parte es de mucho la más llena de vida. Un suelo impregnado de potasa, de cal y de ácido fosfórico, más fácil de calentarse á causa de su color y que comunica al riego cualidades fertilizantes, tal es el legado que en Auvernia y en el Velay, como en Escocia y en otras partes, han dejado estas antiguas erupciones. En ciertos puntos, estas erupciones han edificado montañas cuyas cimas han alimentado glaciares y que, por muy decapitadas que estén actualmente, conservan todavía altitud bastante para condensar las nubes y mantener la humedad en las vertientes expuestas á los vientos lluviosos. Con el rejuvenecimiento del relieve que fué consecuencia de estas revoluciones, comenzó una nueva excavación de valles y se imprimió nuevo impulso á todas las fuerzas vivas de las aguas, las cuales abrieron cuencas, formaron lagos y se filtraron al través de las capas de basalto para volver á salir, en la base de éstas, convertidas en caudalosos manantiales.

Este período volcánico está en relación de tiempo y de efecto con las dislocaciones producidas por el contragolpe de los movimientos alpinos; pero se prolongó más que éstos de tal modo que los movimientos de plegamientos y de fracturas habían cesado desde hacía tiempo, cuando en Auvernia ó en el Velay todavía los respiraderos volcánicos continuaban vomitando basaltos, fonolitos y otras lavas. A lo largo del valle del Ródano, el basalto del Coirón cubre con una capa unida, que nada ha venido á mutilar, el substracto en extremo dislocado de una meseta caliza.

El volcanismo de la Cordillera central comprende un período enorme, durante el cual ha habido momentos de calma y bruscos despertamientos, y ha depositado, con largos intervalos, en los mismos lugares erupciones diferentes: esto no obstante, en las comarcas por él transformadas se distinguen dos ó tres tipos.

I.—El Velay

En el Velay, sobre todo en la parte oriental, el basamento granítico está muy elevado: los fonolitos del Mezenc, volcán que como el Megal, distante de él quince kilómetros al Norte, no es sino el resto de una masa mucho más poderosa, álzase sobre un zócalo de 1.300 metros. Pero las erupciones que se han adherido á esta elevada cuña de granito no se han sobrepuesto, como en el Cantal, para resumir sus esfuerzos en un gigantesco edificio, sino que se han yuxtapuesto. Por centenares se cuentan al Este del Puy los *sucs* ó picos aislados que con sus formas extrañas y acentuadas siembran un paisaje con razón llamado *fonolítico*; sus armazones, desprendidas de la envoltura de todos los materiales mue-

bles que podían ocultarlas, surgen desnudas en forma de pilar, de cono, de diente, como en el Mezenc, ó de campana, como en el Gerbier de Jonc. A su alrededor, innumerables orificios, hoy atrofiados y difíciles de conocer, arrojaron oleadas de basalto, que originarias de diversas épocas, unas anteriores y posteriores otras á los fonolitos, extendieron esas capas herbosas, lubricadas por las lluvias ó por las nieves, merced á las cuales ascendemos casi insensiblemente hacia las dos cimas dentelladas del Mezenc: allí, como si el suelo se ocultara á nuestros pasos, descubrimos bajo nuestros pies un abismo, ofreciéndose á nuestra vista barrancos que se hunden bruscamente á una profundidad de 600 metros y torrentes que huyen hacia el valle del Ródano. Y nuestro asombro aumenta, si consideramos que el Mezenc no es más que una de las paredes rajadas del volcán y que esos abismos reemplazan la parte central de éste.

Hacia el Oeste, por el contrario, las primeras aguas del Loira se deslizan vacilantes por entre altos pasturajes. Este río que sólo á costa de vacilaciones que contrastan con la limpieza rectilínea del Allier ha podido abrirse camino más tarde que su pretendido tributario, hubo de trazar su cauce entre dos regiones volcánicas de distintas épocas: una, la más antigua, que sube, erizada de conos, hasta el Mezenc; otra, más reciente, que cubre con sus capas basálticas la cumbre de granito que lo separa del Allier.

Además, algunos espolones de rocas arqueas obstruyen su camino; obligado á atravesarlos, su curso no es entonces más que una alternación de gargantas y cuencas. Penetra luego en la triste y elevada llanura del Forez cuyos bordes, orlados de terromonteros cónicos y de fuentes minerales, señalan el límite extremo que ha alcanzado al Norte el volcanismo terciario; pero un nuevo dique formado de tobas porfiricas, es decir, de los restos de un volcanismo de edad primaria, le opone una última barrera. Hasta Roanne, antigua etapa fluvial, no se emancipa el río.

Estas cuencas sucesivas, preparadas por el abarrancamiento en los fragmentos de antiguos lechos lacustres, parecen perdidas entre las masas que por todas partes se alzan sobre ellas. La del Puy no es más que un nido practicado á dos ó trescientos metros encima de mesetas cuyas cornisas llanas se prolongan, se interrumpen y se repiten en los dos tercios del horizonte. Lo que la mirada distingue sobre todo son pendientes en donde muros escalonados sostienen huertos y viñedos entre negros pedregales ó fragmentos de prismas basálticos; pero en el fondo del valle de árboles y de fuentes vivas surgen los dos pilares de la Roche-Corneille y de Saint-Michel, que aunque parecen salir del suelo son restos que se mantienen en pie en un montón de proyección barrido por las aguas. Adherida á las vertientes de la roca principal, la sombría iglesia fortaleza del Puy se alza en una complicada red de callejuelas, de rampas y de conventos, conservando en su ruda fisonomía una especie de orgullo salvaje. No parece sino que la ciudad que se ha agrupado en la base de la roca sea completamente extraña á ella. Allí arriba respira el pasado; sobre aquel peñasco extravagante un templo pagano ha precedido á la iglesia episcopal, varios cultos se han sucedido, y han afluído las peregrinaciones; y esta persistencia expresa la impresión que estos luga-

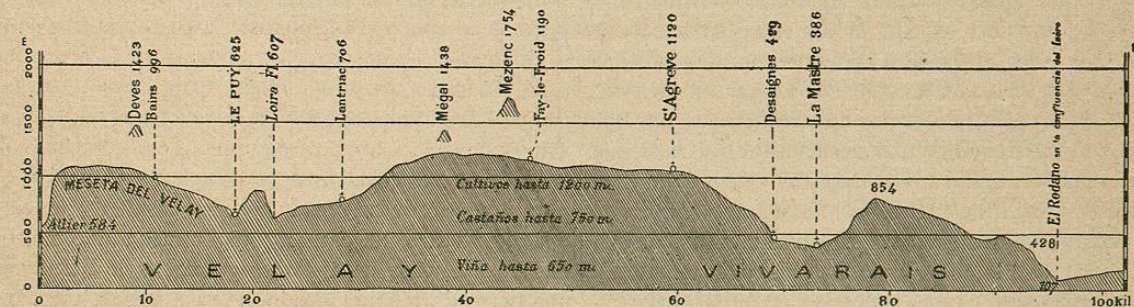
res han producido en la imaginación de los hombres.

Iglesias ó castillos fortificados, y á veces unas y otros, coronan los terromonteros ó fragmentos de rocas que los volcanes han diseminado por todas partes y á cuyos pies y merced al contacto de las masas porosas con las margas ó arcillas, nacen fuentes junto á las cuales se agrupan á menudo una ciudad ó una aldea. Pero lo abrupto de las laderas aísla al viejo resto feudal ó eclesiástico; de aquí que no haya habido como en otras partes fusión íntima ó invasión del castillo ó de la iglesia por la oleada cada vez mayor de las casas. La más altiva de estas fortalezas es la que tiene por pedestal el fragmento basáltico de Polignac: esta roca, que dominaba las inmediaciones de la ciudad episcopal y las vías de los peregrinos, fué durante mucho tiempo una roca

aquellas tierras altas (2), sin gran industria ni grandes ciudades, alcanza todavía una densidad desconocida en las más ricas llanuras de Francia y que excede con mucho á la del valle de Brioude y de la llanura de Forez: casi 80 habitantes por kilómetro cuadrado. Este pequeño pueblo del Velay conserva con su nombre su autonomía histórica y en él se manifiesta una de las más vigorosas individualidades de Francia.

II.—El Cantal

Cuando, viniendo de Mende, se llega á Saint-Flour, después de haber atravesado el descolorido Gevaudan, y se ve prolongarse al Oeste la silueta del Cantal, se experimenta una sensación de bienestar: hasta allí y en



SECCIÓN DESDE EL ALLIER HASTA EL RÓDANO

La diferencia entre las dos vertientes se manifiesta en el hecho de que el Loira cerca del Puy corre á un nivel superior en 500 metros al del Ródano en la misma latitud.

temida; entre ella y el peñasco sagrado de la Virgen negra existió una lucha inveterada á la que el rey puso término.

Bajo estas apariencias feudales, una vida difusa y laboriosa alienta desde antiguo en aquella región, y no concentrada en las estrechas cuencas en donde el descenso de nivel permite cultivos más variados, sino extendida á las mesetas y tierras altas, entre 700 y 1.000 metros de altitud, en forma de innumerables caseríos. La capa basáltica que se extiende al Oeste del Puy está enteramente cultivada y sólo cuando á este suelo rocoso, pero fértil, suceden los terrenos primitivos, es decir, hacia *Fix*, antiguo límite del Velay y de la Auvernia, comienzan á aparecer los bosques en masas más espesas. Más pobladas todavía son las mesetas erizadas de *sucs* que suben gradualmente al Este del Puy hasta la región de los grandes pasturajes. La variedad que el relieve volcánico ha revestido en el Velay, la abundancia de las aguas, la presencia de los materiales de construcción proporcionados por la lava y sobre todo por ciertas rocas detríticas (1) ya utilizadas en la época romana, han facilitado visiblemente el establecimiento de los hombres, los cuales, al multiplicarse, supieron encontrar en la adición de nuevos cultivos y en la invención de industrias locales el medio de resolver el problema de la existencia. Con este suelo cultivado á fuerza de brazos, con estas casas que se transmitían de padres á hijos, anudóse un contrato difícil de romper: la vida tradicional ha resistido mejor como en la mayoría de regiones de población diseminada; la población de

una extensión inmensa, todo parecía muerto, extinguido; sobre la arena gris del granito destacábanse algunos bosques de abetos que cubrían informes ondulaciones, y al Este, las cumbres monótonas de la Margeride, mitad bosque, mitad yermo, sólo engendraban fealdad y tristeza. Ahora, por el contrario, ofrécese á la vista largas líneas que se combinan armoniosamente y que de un modo lento y continuo parecen subir á un centro común; y aunque el esfuerzo que hacen resulta inútil porque multitud de escotaduras y eminencias interrumpen el frontón que querría completarse, estos dentellones adquieren una individualidad, indicase de todas maneras una unidad y parece que ha cesado el penoso encantamiento y que volvemos á los dominios de la vida.

El Cantal debe la variedad de sus formas á la de las acciones volcánicas que en él se han acumulado. Otras regiones volcánicas como el Aubrac, su vecino al Sur, no se manifiestan á lo lejos sino como taludes escalonados amortiguados por el aplanamiento de los basaltos; pero en el Cantal, las rocas de especies y edades tan diversas que á su formación han contribuido, atestiguan la complejidad y la duración de su historia.

Desde muy pronto comenzó á manifestarse la actividad volcánica en el Cantal; como en el Velay, oleadas de basalto salidas de una multitud de orificios diseminados señalaron el primer acto, al cual siguió un largo período de reposo. Un brusco despertamiento, comparable á la catástrofe del Vesubio del año 79, inició una

(2) Distrito de Yssingaux: 80 habitantes por kilómetro cuadrado; distrito del Puy: 77.

(1) Arcosas terciarias.

nueva era de erupciones, cuyas escenas grandiosas relatan los troncos de árboles sepultados que se yerguen sobre los montones de ceniza y de arenillas de lava procedentes de un foco cercano al collado del Livrán. Desde entonces las erupciones se concentraron y en el actual Cantal fué donde hasta la época del plioceno superior, es decir, hasta los umbrales del período actual, no cesaron las erupciones de traquitos, de andesitos, de fonolitos y luego otra vez de basaltos, de amontonar oleadas de lava, bloques y proyecciones diversas. De este modo se formó una pirámide colosal cuya cima ya no podemos medir porque fué destruída por las conmociones del volcán mismo, pero cuya periferia y cuyo diámetro podemos apreciar todavía. Si la altura de la cima principal (1.858 metros) es inferior en 2.000 metros á la del gigante siciliano, en cambio su diámetro, que es de unos 60, excede en un tercio al del Etna. Por todos lados elévanse lentamente las laderas hacia un cono que ya no existe y en cuyo lugar un circo inmenso señala la región de los cráteres; las paredes que rodean á éste son como paredes maestras que subsisten en un edificio hundido. Un fragmento de basalto que, respetado por las denudaciones, corona una cornisa de este recinto, constituye la rugosidad que se designa con el nombre de Plomb (*Pom ó Fomme*) del Cantal (1); varios terromonteros más salientes, algunos de ellos piramidales, de fonolito ó de andesito marcan las otras cimas.

Este Etna sin corona se nos aparece hoy tal como lo formaron, después de las convulsiones volcánicas, los desmantelamientos que fueron obra de los glaciares cuaternarios; sin embargo, la destrucción no llegó hasta el extremo de hacerle perder la regularidad de formas que distingue á sus contemporáneos y á sus semejantes. Los valles que surcan sus laderas extiéndense en forma de abanico y divergen todos de un centro común; á medida que disminuye el intervalo que los separa, los pasajes son más fáciles y más cortos y aun á menudo el extremo superior de un valle se comunica por un collado con el que le corresponde en la opuesta vertiente. Estos collados son relativamente elevados y muchos de ellos eran, en otro tiempo, impracticables en invierno; pero su correlación y su agrupación contribuyeron á llevar la circulación á las partes superiores de la Cordillera.

La estructura de estos valles es digna de atención: parecería natural encontrar en ellos el desarrollo progresivo, ordinario en región de montañas que transforma poco á poco una garganta estrecha en un valle cada vez más ancho, animado y populoso; pero los principales valles del Cantal, por el contrario, comienzan y continúan en forma de *artesas*, teniendo desde su origen una anchura que á menudo llega á tres kilómetros, amplitud que, salvo algunas interrupciones determinadas por extrangulaciones, conservan mientras atraviesan las formaciones volcánicas. Mas en cuanto salen de la «región quemada» y tocan á la base de rocas primitivas, cámbianse en anfractuosidades profundas sin cultivos y casi sin habitantes: hasta allí el paisaje ofrecía el espectáculo de una vida amplia y alegre; entre los trozos de bosques de hayas, entre las praderas cruzadas por setos

(1) Antonio Thomas, *Annales de Géographie*, tomo V, 1895-96, pág. 111.

vivos, y entre los agudos peñascos que acá y allá asomaban, las viviendas humanas diseminábanse en las laderas y se concentraban al pie de éstas en grandes aldeas, y una población numerosa agrupábase sin interrupción desde los 600 hasta más de los 900 metros de altitud. Toda esta vida desaparece luego, y el río, convertido en torrente, corre encajonado entre abruptos escarpes.

Entre estos valles, el suelo formado por las capas de ceniza y las oleadas eruptivas se divide en secciones de meseta uniformes en punto á estructura, pero no en punto á clima. La diferencia de vertientes se traduce por una gran desigualdad en la cantidad de lluvia: la del Este no recibe directamente los embates de los vientos lluviosos y en ella la altura anual de las precipitaciones no pasa de 600 milímetros. Allí está la alta llanura, poco accidentada y rodeada de escarpes basálticos que se denomina la *Planeze*: en ella los bosques son raros y se practica poco la ganadería, pero el suelo rocoso formado por inmensas oleadas basálticas no es ingrato, sino que produce abundantes cosechas de centeno. Una población rural cuya densidad excede de 30 habitantes por kilómetro, se ha creado condiciones de existencia á una altitud superior casi en todas partes á 900 metros. Para el *lozerot* de las regiones graníticas, la Planeze es una tierra de bendición adonde va á buscar trabajo y bienestar. Estos paisajes en donde la vivienda humana, en armonía con la tristeza de los lugares se recoge y contrae y en donde un mismo techo y á veces una misma puerta dan asilo al ganado y á los hombres, ofrecen á los ojos muy pocos atractivos; y sin embargo, este terruño nutricio, ventoso y seco, es tal vez en la Alta Auvernia el que ha atraído los establecimientos más precoces, siendo testimonios de una ocupación muy antigua varios dólmenes, túmulos y restos de construcciones de piedra.

Un clima distinto ha dado forma especial á la vertiente de la cordillera volcánica que desde el Cantal al Mont-Doré, en una longitud de más de 100 kilómetros, está azotada por los vientos de Oeste. Aquí, como en los Vosgos, puede observarse, al través de la variedad de los efectos y de la sucesión de las edades, la persistencia atenuada de las mismas causas meteorológicas, puesto que la vertiente que, según las mediciones actuales, recibe mayor cantidad de lluvia (2) es también aquella en que la acción glaciaria ha impreso su sello más fuertemente. En el hemiciclo formado por el Cantal, el Cezallier y el Mont-Doré existe una de las pocas regiones de Francia que, fuera de los Pirineos y de los Alpes, conservan una topografía en parte glaciaria: su superficie hállase sembrada de escarpas, bloques erráticos y capas de materiales detríticos; acá y allá álzanse terromonteros rocosos, redondeados en la cara que presentaban á los glaciares y abruptos en la otra, y entre los diques que han dificultado la salida de las aguas, subsisten todavía lagunas ó depresiones turbosas.

La vida pastoril del Cantal guarda relación con estas condiciones de clima. En la vertiente Nordeste, la más accidentada y poblada de bosques de la región superior,

(2) Las lluvias alcanzan allí una intensidad que varía de 850 á 1.200 milímetros al año.

se encuentran, entre 850 y 1.200 metros de altitud, los pasturajes «abundantes y esponjosos» cuya soledad invaden cada estío los rebaños. El suelo de basalto, profundamente disgregado, forma una capa vegetal y profunda que la humedad empapa. Parece como que más allá de los 800 metros empieza una zona privilegiada de frescura bajo la acción, incesantemente renovada, de las lluvias, de las nubes, de las nieblas y de los rocíos; allí, entre los manantiales de agua viva, están las «montañas» adonde los propietarios de los valles envían desde mayo hasta octubre y desde una distancia de 10, 20 ó más kilómetros, las vacadas de pelaje marrón. Pequeñas construcciones de piedra, llamadas *burons*, cobijan al pastor ocupado en la fabricación de quesos; en cuanto á los animales, viven al aire libre sin más abrigo que unos enrejados de tablas detrás de los cuales se resguardan de la tempestad y pasan la noche. Después en octubre, cuando es preciso separar de la vacada el contingente que el heno entrojado no bastaría á alimentar durante los seis meses de invierno, celébranse las grandes ferias de ganado y se realizan las principales transacciones del año. Reconócense allí los rasgos esenciales de la vida pastoril tal como se practica en Saboya y en Suiza; y que esta vida se remonta en el Cantal á una fecha antiquísima lo demuestran la existencia del vocabulario popular con ella relacionado, el carácter primitivo de los procedimientos de la industria lechera y finalmente la formación de una raza de ganado perfectamente caracterizada. Pero esta vida permanece íntimamente asociada al pequeño cultivo, de suerte que los arrendatarios de grandes propiedades «de montañas» son á su vez pequeños propietarios de terrenos que cultivan ellos mismos. Aunque actualmente tiende á aumentar la extensión de las propiedades de pastos, la pequeña propiedad en forma de explotación directa sigue siendo el modo de existencia auvernés por excelencia.

Ello depende sin duda de antiguas y arraigadas costumbres, pero sobre todo y esencialmente de la estructura de la región que aproxima y pone en más íntimo contacto que en los Alpes los altos valles fértiles y las mesetas propias para la ganadería. Los cultivos y la explotación pastoril se combinan allí también más fácilmente que en los Alpes: en el origen mismo de los altos valles hay burgos populosos, Mandailles, Le Falgoux, Saint-Jacques-des-Blats, situados á no menor altura que las regiones de pasturaje y que se enlazan con éstas por medio de filas de casas, caseríos, *burons*. Esta población de cultivadores y de vendedores de ganado está tan bien agrupada, en armonía con las condiciones naturales, que su establecimiento en una zona de altitud relativamente considerable nada tiene de sorprendente. El número de habitantes que viven en el Cantal á más de 800 metros puede calcularse en unos cien mil, es decir, mucho más de lo que encontraríamos en los Alpes á igual altura, sin que nada sugiera ni justifique la idea de que hayan sido empujados hacia aquellas alturas y expulsados de regiones más bajas.

Lo que en aquella región se ha desarrollado lenta y penosamente es la vida urbana, que no bastaban á constituir algunos mercados, puntos periódicos de cita y de transacciones, castillos fortificados como Carlat ó hasta como Salers, y pequeñas ciudades amuralladas en un promontorio entre dos valles, pues para ello fal-

tan ríos navegables y la convergencia de vías naturales. Las mismas vertientes del Cantal se dividen en compartimientos entre los cuales son difíciles las relaciones. Los romanos, esos grandes creadores de vida urbana, no consiguieron fundar en toda esta elevada región, que comprende el Velay, el Gevaudán y la Alta Auvernia, más que ciudades efímeras, poco robustas, que desaparecieron á la primera tormenta de las invasiones. Quien reconstituyó la ciudad fué la Iglesia, que durante mucho tiempo fué en estas comarcas el único agente de vida general, naciendo abadías y ciudades del mismo esfuerzo que hubo de hacer para convertir estas regiones poco accesibles que por la diseminación de sus habitantes se substraían á las influencias generales. Esas iglesias romanas, negras y bajas que allí se encuentran en gran número suspendidas de las laderas de los peñascos, narran con significativa insistencia el trabajo perseverante y tenaz que fué preciso realizar en estas comarcas de la Alta Auvernia para llegar hasta el habitante en su propia casa, para implantarse en estas tierras de aldeanos sinónimos durante mucho tiempo de paganos. Aurillac, Saint-Flour, como Mende y Le Puy, fueron creaciones eclesiásticas: Saint-Flour, obispado desmembrado en el siglo XIII del de Clermont, dominó los antiguos pasajes del Velay y del Gevaudán y sus negras torres se alzan en las inmediaciones de las Causses y de las vastas soledades en donde se fundó, en el siglo XII, el hospicio de Aubrac para los peregrinos que iban á Conques, á Rocamadour, ó á Santiago de Compostela. Uzerche, Tulle, Conques, Brioude, Saint-Irieix y tantas otras ciudades de la Cordillera nacieron de una abadía; y en Aurillac, la confluencia de dos ricos valles, en las desembocaduras del Livrán y del collado de Cabre, pasajes que conducían al valle del Allier, hizo la fortuna de una pequeña burguesía comerciante.

Sin embargo, no fué por estos altos pasajes, cerrados á menudo por las nieves, por donde «las Montañas de Auvernia» entraron en comunicación con el Norte. Hacia el extremo occidental del Cantal, en el punto en donde mueren las oleadas basálticas, aunque sin llegar al curso del Dordoña, está Mauriac, pequeño centro muy antiguo en cuyos alrededores hay numerosos restos arqueológicos; por allí principalmente se mezclaron los hombres y los pueblos, habiendo servido de pasaje á las más antiguas emigraciones que la historia alcanza, las mesetas cubiertas de esquistos cristalinos que se extienden al Oeste de la hilerla volcánica, al borde de la depresión hullera que parece el límite natural entre la Auvernia y el Limousín. Allí se encuentran en mayor número que en parte alguna los vestigios galo-romanos; la unión política que existía entre la Auvernia y el Quercy no se explica sino por esta vía de circulación, por la cual penetraron también los rubios arvernos procedentes del Norte, aunque sólo á modo de vanguardia y como si aquel fuera el extremo de sus dominios. Muy diferente es, en efecto, la población de pequeña estatura y de color moreno que ocupa el Sur y la mayor parte del Cantal. De suerte que en el entrecruzamiento de razas que se sobrepusieron y penetraron unas á otras, esta alta cordillera volcánica es uno de los pocos puntos de parada cuya influencia puede apreciarse directamente.